

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de ocho ó más páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Abril de 1886

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Salvador Peris, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

Año I N.º 4

ACRACIA se adhiere al Manifiesto de la Federación local Barcelonesa, fechado en 23 de Febrero, é inserto en la BANDERA SOCIAL en 11 de Marzo próximo pasado. De acuerdo con el Manifiesto, creemos también que el objetivo final de la Revolución abarca estos tres extremos: «Disolución del Estado. — Expropiación de los detentadores del patrimonio universal. — Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aun no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física científico-integral para los futuros productores.»

LA CUESTIÓN SOCIAL ANTE LA CIENCIA

III

HOY nos toca desarrollar la siguiente PROPOSICIÓN.—*La actual organización del capital es incompatible con la justa noción del trabajo.*

En efecto, el trabajo es el esfuerzo del productor con objeto de desarrollar utilidad; la condición indispensable, pues, para que un esfuerzo individual merezca el honroso apellido de trabajo, es que su resultado sea positivo, así en el terreno material como en el intelectual: aquel que emplea sus fuerzas en matar á sus semejantes, sin saber por qué, en el campo de batalla, verifica un esfuerzo muscular cuyo resultado es negativo, y por lo tanto no merece el nombre de trabajo, como no lo merece tampoco el esfuerzo intelectual empleado por el sacerdote cuyo único objeto se reduce á envenenar y desorganizar el cerebro de los infelices que caen bajo la férula de su nociva influencia. En cambio es trabajo el esfuerzo cuyo resultado es la elaboración de productos ó una producción intelectual, artística, científica ó literaria.

El capital, á su vez, se impone: debe ser la consecuencia, el corolario del trabajo; sin aquél, éste pierde todo su atractivo. Si la sociedad fuese perfecta, y el hombre desprovisto de pasiones, el desideratum de los que aspiramos á la fraternidad universal sería la transformación de la humanidad en una sociedad espartana sentada alrededor de extensas mesas á lo Licurgo y regidas por un poder regulador constantemente igualitario; entonces tendría razón de ser el comunismo autoritario. Pero como sea que no nos dejamos llevar por la pasión, para no caer en nefandas utopías, empezamos por tener en cuenta los hechos contrarios á nuestras aspiraciones, á fin de que nuestras conclusiones, á la vez que revolucionarias, sean justas, lógicas, y nos lleven á resultados posibles. Comprendemos que el labrador que sacara la misma utilidad trabajando seis horas ó dos, optaría por las últimas, y que el inventor cuyo cerebro

se hubiese fatigado por espacio de diez años para realizar un adelanto industrial, no se prestaría á empezar de nuevo tan ardua tarea, si la recompensa no hubiera de correr parejas con sus desvelos.

Así, pues, el capital científicamente considerado, no constituye un concepto esencialmente distinto del trabajo; del mismo modo que la vibración eléctrica se transforma en lumínica, así el trabajo, una vez realizado, se nos presenta bajo forma tangible, como transformación, como utilidad, como resultado de aquél, con el nombre de *capital*.

En la actual sociedad, lejos de seguir esta marcha tan justa como lógica, vemos á los hombres invertir con el mayor cinismo el orden natural de ambos equivalentes, haciendo del trabajo un súbdito incondicional y sumiso del capital. Este constituye hoy el abuso más escandaloso; todo lo avasalla, presentándose, ora como propiedad territorial, ora como dinero, ora como posesión industrial y urbana. No se le considera como resultado del trabajo, sino como su tirano, hasta el punto de poder inutilizar á aquel cuando le place.

Con respecto á la ciencia, le ocurre á la organización capitalista lo que á los problemas algebraicos cuyos datos son incompatibles: las soluciones que resultan se burlan del enunciado, y lo hacen con esa risa sardónica y contundente del álgebra.

Demos un ejemplo para fijar las ideas:

Dos andarines salen de Valencia y Tarragona en dirección á Francia, á un mismo tiempo y con distintas velocidades ¿á qué distancia de Valencia se encontrarán? — Llamando a la distancia entre Tarragona y Valencia, v y v' las velocidades respectivas y x la distancia pedida, la solución se nos presenta bajo la forma

$$x = \frac{av}{v - v'}$$

Si v es mayor que v' el resultado es positivo; en el caso contrario, negativo; y se comprende, porque teniendo que alcanzar al de Tarragona el andarín de Valencia, es ridículo suponer que éste anda menos que aquél.

Pues lo mismo, absolutamente lo mismo ocurre con el problema social ante la ciencia. Esta no deja de dar sus soluciones y seguir imperturbable su majestuosa marcha, realizando progresos y haciendo producir á las fuerzas de la naturaleza más caballos de vapor que los que puede desarrollar la actividad de la humanidad entera. Pero como los datos del enunciado son absurdos, el resultado es negativo, pues resulta la sociedad más miserable y falta de utilidad á medida que los adelantos se verifican.

Así como en el problema de los andarines se resuelve la dificultad cambiando la intensidad de los signos, así en el problema de la cuestión social, cambiando dichos signos para la solución de negativa á positiva; pero este cambio indica que hemos de reponer al trabajo en sus funciones de regulador y moderador del capital, y á éste en las de resultado de aquél.

Que es lo que tratábamos de demostrar. — T.

SOCIEDAD ÁCRATA

HEMOS convenido en que una sociedad, para ser libre, debe anular el principio de autoridad. Acostumbrados como estamos á que la autoridad lo haga todo, se nos hace difícil la concepción de una sociedad verdaderamente ácrata. Pero si investigamos las bases racionales en que deben descansar las sociedades, hallaremos que se necesita: trabajo, administración, instrucción. Sin trabajo es imposible la vida; sin administración no es posible regular el trabajo, la producción, el consumo, el bienestar individual y público; sin instrucción, no hay perfección, ni progreso, ni justicia.

Estas condiciones sociales son innegables para todo el mundo; y por ellas se basta y sobra una sociedad para todas sus necesidades, sin que sea necesario el principio de autoridad.

Por otra parte, la libertad del individuo se regula por el interés colectivo. El espíritu de propia conservación de la masa social impone por sí sola los deberes á los miembros que la componen.

Porque una de dos: ó la sociedad se asienta sobre bases sólidas y es armónica y justa y estable; ó se desquicia y se anula, dominando la arbitrariedad y el salvajismo individual. No es concebible que una sociedad se abandone hasta el punto de anularse, ya porque le es condición esencial la armonía, ya porque el individuo no puede vivir sin sociedad.

Y si esto es natural y lógico, ¿no hemos de fiar á la sociedad misma sus medios de estabilidad, aunque la autoridad no la dirija? Y puesto que hoy, y más mañana, el principio de autoridad no es otra cosa que permanente causa de disturbios y desórdenes, y hay en la general masa criterio suficiente para regirse por sí misma, ¿sostendremos aún que tan funesto principio es necesario? ¿Por ventura se sostiene hoy la sociedad porque sea dominada, ó bien porque tiene virtudes suficientes para subsistir con ó sin la tiranía?

Basta muy poca ilustración para convencerse de que si los pueblos se compusieran de un atajo de truhanes, la autoridad sería impotente para dominarlos y moralizarlos; es así que la bondad de los pueblos sostiene la autoridad, y no ésta á los pueblos; pues frágil sería su asiento si por la mayoría de los que componen la masa social fuese combatida.

Por tanto, si por sus propias virtudes é ilustración se mantienen las sociedades humanas, no vemos la necesidad de que el autoritarismo funcione.

Bajo el primer punto de vista hemos hallado que no se puede prescindir del trabajo, de la administración, ni de la instrucción; bajo el segundo, la conservación del orden social por su propio y natural interés. Pero en ningún caso hemos notado la falta de autoridad. En consecuencia, como que ésta es la única enemiga de la libertad del individuo, ésta queda garantida sin la dominación de aquélla.

Podrá hablarse de instintos, inclinaciones, pasiones, desvaríos, etc., etc., como causas de perturbación; pero, rigiendo las sociedades el princi-

pio autoritario ¿ha sido posible dominarlos? ¿no se han acrecentado, al contrario, con su absolutismo, inmoralidad, usurpación y vejámenes de todo género?

Para probar que su benéfica influencia es cierta, no deberíamos ver casas de maternidad ni hospicios, hospitales ni correcciones, cárceles ni presidios, patíbulos ni verdugos, prostitutas ni ladrones, ni ese enjambre de polizontes, soldados, jueces, abogados, notarios, procuradores, etc., etc., que ya no puede el hombre dar un paso sin tropezar ó con una víctima ó con un malvado!... Y pues tiranía tanta, ni menos, no curan ni amortiguan los males sociales, ¿puédese, en conciencia, defender tan fatal principio como el autoritario? ¿No es la sociedad misma que se irrita y subleva contra él para subsistir con la armonía que anhela, con la justicia que le cautiva?

Inútil es esforzarnos más. Los dos aspectos del tema, tratados á grandes rasgos, nos dan esta solución: «una sociedad consciente é ilustrada puede subsistir acráticamente; porque el principio de autoridad es de todo punto inútil y pernicioso; y en consecuencia, la libertad del individuo queda garantida con la justa estabilidad social.»—P.

EL INDIVIDUO CONTRA EL ESTADO

SPENCER Y «LA REVUE SOCIALISTE»

VISTO el mal en todo su inmenso alcance, que lleva al autor á hablar-nos de la esclavitud del porvenir con aquella seguridad que cualquier mortal podría predecir que el que reuniese cierto número de unidades de especie inferior sería propietario de la suma equivalente en unidades superiores, viene luego la investigación de las causas, y con su franqueza característica, titula el capítulo «Las culpas de los legisladores.»

III

Veamos estas causas que se traducen en culpas y en demostración de los culpables:—En las pequeñas sociedades no desenvueltas, donde ha reinado por espacio de siglos una paz completa, nada parecido existe á lo que llamamos gobierno, ni ha sido necesario tampoco para la existencia de las virtudes fundamentales: veracidad, honradez, justicia y generosidad. Está probado en cambio que la autoridad ha nacido de la guerra por la necesidad de la defensa y que, reconocida temporalmente en un principio, se establece definitivamente si el estado de guerra se prolonga. Originado el gobierno de la agresión y por la agresión, conserva siempre su carácter agresivo y coercitivo, y, aunque bajo la apariencia de querer el bien, obra siempre el mal, ó si se quiere, para ser bueno se arriesga á ser cruel. El poder directivo es tanto más agresivo en lo interior cuanto más precisado se ve á serlo en lo exterior. Interesante por demás es el cuadro de las trasgresiones de los gobiernos, tanto en sus actos como en sus omisiones, pero prescindiendo de él, veamos las faltas que los legisladores cometen, no ya por ambición, sino por ignorancia. Exígese para toda profesión prueba de capacidad y competencia, sólo al legislador, que ha de regir á los hombres, se le exceptúa de esta prueba: un curandero, un farmacéutico incapaz pueden matar á un hombre y se-

rían perseguidos por la ley; un legislador puede matar á muchos hombres causando la ruina de una nación, y todo el mundo lo tolera con censurable indiferencia. Leyes promulgadas contra la usura que han aumentado la tasa del interés; medidas para evitar el acaparamiento de granos que produjeron una escasez grandísima; fijación de precio de artículos de consumo que desaparecieron totalmente del mercado; determinación de la unidad de salarios que galvanizó una industria decadente y mantuvo la población en la miseria, é infinidad de medidas de esta clase llevan al lector la convicción de que los legisladores, en su afán de mitigar las miserias humanas, no consiguieron más que aumentarlas. Es incalculable el número de disposiciones gubernativas abolidas en vista de sus desastrosos efectos. Desconocen los gobiernos las relaciones de causa á efecto en el terreno sociológico, por eso han entorpecido y perturbado constantemente el desenvolvimiento progresivo de la sociedad y no le han favorecido nunca. No se debe al Estado esa inmensa multitud de inventos útiles desde la azada hasta el teléfono; los grandes descubrimientos científicos, los sorprendentes mecanismos dedicados á la producción, las transacciones mercantiles que facilitan el cambio de productos en todo el mundo, el perfeccionamiento artístico, hasta el mismo lenguaje de que se sirve, todo se ha hecho por la actividad espontánea de los individuos ó de las colectividades, á pesar de los gobiernos.—

Es imposible resumir más la serie de razonamientos y consideraciones, comprobadas por infinidad de datos, que el autor aduce para acusar á los legisladores, á los gobiernos, al Estado, de irracionales y tiránicos.

Nada opone *La Revue Socialiste* á esta demostración. En ella hace Spencer una afirmación que debemos entresacar y exponerla aparte, porque pretende nada menos que, en nombre de la ciencia, anular las aspiraciones socialistas, y creemos necesario denunciar este sofisma.

Dice el autor:—Los animales de tipo superior, más lentos en desarrollarse, pueden prestar á sus hijos más auxilios que los animales inferiores. Alimentan los animales sus crías mientras éstas son incapaces de proveer á su subsistencia, y sólo así puede asegurarse la permanencia de la especie. Durante la infancia los beneficios recibidos deben estar en razón inversa de la fuerza ó destreza del que los recibe; si, en lugar de esto, los beneficios fuesen proporcionales al mérito, la especie desaparecería en el espacio de una sola generación. Ahora bien: si se beneficiase á los individuos en razón á su inferioridad, si por consecuencia se favoreciese la propagación de los individuos inferiores y se dificultase la de los mejor dotados, la especie degeneraría progresivamente y desaparecería ante su competidora en la lucha. Pero como esto no puede suceder porque el suicidio es sólo una excepción y no puede en manera alguna ser ley de la vida, los superiores han de dominar necesariamente á los inferiores, y el régimen de familia ha de ser por necesidad diferente al régimen de sociedad, en la cual ha de resultar, sin que haya fuerzas que lo impidan, la pobreza de los incapaces, la miseria de los holgazanes, el aplastamiento de los fuertes por los débiles.—

La afirmación es grave y sobre ella reclamamos la atención de todos los pensadores socialistas.

Nuestro colega replica:—El socialismo no pretende llevar á la sociedad el régimen de la familia ó de sentimiento, y no trata, por lo tanto, de suprimir la lucha por la vida, que reconoce como indispensable para el sostenimiento de nuestra especie; quiere, sí, llevar á la sociedad el régimen de la justicia ó de la reciprocidad. El contrato concebido como compromiso recíproco es, no la supresión de la lucha, sino una atenua-

ción racional. El derecho, en el sentido abstracto de la palabra, no existe en las sociedades primitivas, hay en su lugar el hecho mudable, pasajero, que carece de la estabilidad del derecho moderno, y el hecho era el dominio del débil por el fuerte; pero el progreso ha cambiado las condiciones naturales de la lucha en provecho de los débiles, de aquellos que respecto de la energía, de la inteligencia y de la moralidad han sido mal dotados por la naturaleza, y hoy son fuertes por el derecho social, amparados por la fuerza impersonal del Estado; los fuertes al contrario, cuanto más se afianza el derecho más se debilitan y acaban por ser débiles y vencidos.—

Asunto es este por demás interesante, y no puede satisfacernos el breve extracto que precede, por lo que prometemos volver sobre él otro día. En el número próximo continuaremos este trabajo.—L.

SOBRE ARTE

II

ADEMÁS de recrear nuestros sentidos intelectuales, la obra de arte debe tener otra circunstancia no menos indispensable; esto es: un objetivo que sirva de norma al artista para contribuir con sus producciones al progreso humano.

Porque es innegable la influencia que la emisión del pensamiento ejerce sobre el hombre y en especial la que ejercen las cuatro ramas de las bellas artes: música, poesía, pintura y escultura. ¿Por qué, pues, siendo de tanta valía, no emplearlas como pide su propia grandeza? ¿Por qué no hacerlas seguir al compás de la civilización, contribuyendo vigorosamente al progreso, como actualmente lo hacen las ciencias?

No falta quien crea que el arte llena hoy debidamente su objetivo, pero al que tal opine le remitimos al artículo del número anterior, suplicándole se tome la molestia de pensar sobre cada una de las afirmaciones allí contenidas, relativas á este punto.

No basta que los artistas se afanen en procurar lustre con sus obras á la escuela, estilo ó manera que más simpática sea á su modo de sentir, mientras al ejecutar una composición estén dominados por un pensamiento primordial al que sujeten todo lo demás: escuela, estilo é individualismo. El artista necesariamente ha de ser filósofo ó poeta tanto como artista. El arte, al igual de la filosofía, ha de contar dos grandes tendencias que representen dos solos ideales: el Progreso y la Reacción.

La sociedad siempre ha sido y siempre será movida por los partidarios del ¡siempre adelante! cuyo valeroso empuje eternamente será contrastado por los partidarios del estacionamiento. Ambas tendencias, equilibrándose y en continua lucha, nos han llevado al estado presente de civilización, dejándonos vislumbrar un porvenir siempre mejor, si por nuestra parte contribuimos en la medida de nuestra posibilidad.

En las generaciones pasadas las ideas no se discutían cuando revestían un carácter general; el más fuerte poseía la razón. Hoy todo ha variado de aspecto: la pluma es reconocida como la mejor arma, y el fragor

del combate es sustituido por la animación de un Ateneo. Un pensador francés ha dicho:

*Le poète dans des jours impies
vient préparer des jours meilleurs,
il est l'homme des utopies:
les pieds ici, les yeux ailleurs.*

En nuestro concepto, lo propio que se ha dicho del poeta puede y debe aplicarse al artista. ¿Por qué no?

Pero no vaya á creerse que tratamos de aconsejar su afiliación en ninguna de las mil fraccioncitas con que la conveniencia ó las miras de algunos viene mistificando todos los días los grandes ideales de la Humanidad. Queremos que el artista raciocine, que su imaginación trabaje por cuenta propia interesándose en los grandes problemas de la vida, aparte de sus aficiones por el estilo ó manera, para que de este modo pueda creerse á sí mismo y ser verdaderamente útil produciendo belleza.

¿Cuántas obras del arte moderno pueden citarse, célebres por su tendencia en pro de uno de estos extremos: Progreso y Reacción?

Pocas, muy pocas.

¿Cuántas, pues, en sentido inverso, de estas que ni aun hablan á la imaginación ni al sentimiento?

Actualmente la pintura y la escultura están en un periodo brillante, pero con dificultad producen obras capitales como las que sellaron las épocas griega, romana y Renacimiento. Y no es que falten artistas; ved sino la factura, la habilidad de muchos hasta qué extremo ha llegado, por lo cual tenemos fe en el porvenir y creemos que día llegará en que los artistas, buscando más espacio, inspirándose siempre en la naturaleza, pero aspirando á contribuir cuanto puedan á la obra de la civilización, sabrán emprender una nueva vía que señale época en los anales de las bellas artes.—C.

MISCELÁNEA

Por fin nuestro querido amigo y compañero Teobaldo Nieva ha dado á la imprenta su obra *Química de la Cuestión Social*.

Dadas la experiencia y estudios que Nieva ha dedicado á este asunto y lo poco que de ella conocemos por la lectura de dos de sus capítulos, no vacilamos en recomendarla á cuantos quieran conocer científicamente las aspiraciones revolucionarias.

Las condiciones económicas de la publicación son las siguientes: mandando su importe antes de que salga á luz, 6 rs.; á los suscritores de la *Bandera Social* y de *Acracia*, 8, y en venta 10. Los pedidos al autor, Amparo, 27, 2.º, izquierda, Madrid.

Juan Serrano y Oteiza ha muerto. **ACRACIA** honra la memoria del amigo y del pensador revolucionario y desea alivio á la pena en que queda sumida su familia.

La casa editorial de Evaristo Ullastres, de Barcelona, nos ha remitido un ejemplar de *Garibaldi, historia liberal del Siglo XIX*, y El Cosmos Editorial, de Madrid, *Las Señoras de Mont-Croix*, de Juan Honneht, y *Su Excelencia Eugenio Rougon*, de Zola. De cada una de dichas obras nos ocuparemos oportunamente —Esta última casa ha publicado también *La Muerta*, nueva producción de Octavio Feuillet, traducido por Ochoa y Frontaura.—También hemos recibido el folleto del *Congreso de la Unión de Obreros de las Industrias Alimenticias*.

MOVIMIENTO SOCIAL

Cuando después de la caída de la Commune de París, la burguesía, satisfecha su venganza, ponía en movimiento la diplomacia para impedir toda expansión del proletariado y romper todo lazo de solidaridad internacional entre los trabajadores, respiró satisfecha creyendo que el peligro estaba para siempre conjurado.

Todos los gobiernos tomaron medidas represivas; la prensa política universal en su variedad de matices secundó los propósitos burgueses, unas veces calificando de criminales las aspiraciones revolucionarias, otras sembrando mañosamente el sofisma para que los obreros renunciasen á las reivindicaciones socialistas y se agrupasen á los partidos nacionales.

El proletariado en tanto, salvo algunas excepciones, se reconcentró en sí, se movía poco, y esta actitud dió lugar á esas censuras universalmente dirigidas contra lo que ha dado en llamarse el escepticismo de los obreros.

Lo que sucede en la actualidad demuestra que la represión fué inútil, la idea revolucionaria no quedó ahogada en la sangre vertida por los soldados de Versalles, ni las calumnias, amenazas ni halagos han torcido la línea que sigue el proletariado en busca de su emancipación.

La idea revolucionaria vive, se robustece, se agranda y conmueve el mundo civilizado. Inglaterra, Francia, Bélgica y los Estados-Unidos, son hoy campos donde se libra la batalla; estamos en plena guerra social.

En esta guerra entran los trabajadores, no ya como soldados inconscientes para morir ó dar la muerte por una causa que no es la suya, sino como verdaderos protagonistas; ya no es cuestión de luchar por un dogma, por un rey, por una combinación diplomática, ni por un partido político; es la guerra á todos los dogmas, á todos los reyes, á todas las dominaciones y á todos los partidos políticos; ya no se trata de luchar en favor de un nuevo dominador, quiérese la emancipación de toda tiranía, el establecimiento de la igualdad natural.

En esta guerra úsase un arma característica, pudiéramos decir simbólica, pero fuerte y eficaz: la huelga revolucionaria. En las revoluciones precedentes poníanse los rebeldes frente á sus enemigos, que siempre disponían de superior armamento y mayor cohesión disciplinaria, y luchaban hasta que la victoria se declaraba por una ú otra parte; hoy se busca la fibra sensible de la clase dominante, la pasión por la riqueza, la avaricia, y en ella se le hiere; no se trata ya de luchar con inocentes hijos del pueblo arrancados al hogar y al trabajo por la quinta, sino de dañar esas riquezas acumuladas, de paralizar esos grandes mecanismos de explotación, de buscar en sus lujosos retiros al explotador y exponer ante sus refinamientos de sibarita los andrajos de la miseria, y ante su conciencia de hombre los desgraciados resultados de su obra.

Para que el proletariado, no de una nación, no de una raza, no de un continente, sino de todo el mundo civilizado, llegue á la unidad de pensamiento y de acción que tan patentemente se manifiesta entre trabajadores de pueblos tan apartados, unos en el terreno de la acción, impulsados por las circunstancias, otros en el de la simpatía esperando su hora, es necesario que haya una causa poderosísima, capaz de producir tan extraordinario fenómeno, y esta causa es el convencimiento universalmente adquirido de la ineptitud, cuando no de la mala fe, de los privilegiados, cuyos ideales han perdido toda generosidad y sólo tienden á un mezquino utilitarismo.

Diga lo que quiera la prensa que tiene por costumbre adular á los poderosos, haga cuantos hipócritas aspavientos crea necesarios para contentar á sus señores, el proletariado despierta, hace justicia y llegará al fin.

Dos monarquías constitucionales, una república unitaria y una república federal son hoy teatro de la guerra social en ambos mundos, ya se desarrollará y generalizará la acción y se acercará el desenlace, entonces se hará justicia á los amotinados de Lóndres y Manchester, á los desgraciados mineros de Decazeville, y se honrará á los huelguistas insurrectos de Bélgica y á las compactas masas obreras norte-americanas.—L.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona